

mente, cual si no pudiese soportar aquel cuerpecillo rebelde, que, del dormitar agitado, pasara á la pesadilla.—Había de ser el suyo un sueño horrible, porque sus facciones se contraían y de sus labios brotaban débiles gemidos. Las ropas cayeron al suelo, y, por fin, incorporóse, espantada, sollozando.—Aun se estremecía al recuerdo de lo que soñara. ¡No, santo Dios, no era posible! ¡Ser pobre, tener ambiciones, y haber desaparecido su arma única de triunfo, su tesoro!...

Presurosa, arrojó la camisa que la cubría, saltó al pavimento, dió luz á la lámpara, y miróse al espejo... Una sonrisa bañó sus labios. Sus ojos chispearon con aquella mirada dulce y altiva que los tornaba seductores.

No, el sueño había sido nada más que un sueño. Todavía era bella, divinamente bella, con su aire provocativo de cortesana desnuda.

VIII

Antofñita rió estrepitosamente. Por entre la blusa abierta, su cuello blanco, de finetez, se estremecía al dar paso á la carcajada argentina que brotaba de los labios.

—Pero, Lena, ¿quién te ha dicho que el trabajo es cursi? Tan guapa y bonita, ó más quizá, es aquella muchacha que gana el pan, que la niña que se está en casa sin hacer nada.

Lena movió la cabeza, haciendo un mohín de enojo con su boquita sensual. Sus ojos oscuros brillaron como si una llamada de sorda irritación los iluminara. Luego, inclinando la frente y arrellanándose en la esvencijada silla, murmuró:

—No, Antoñita, te digo que no. Yo jamás aceptaré esa cursilería de empleo.

Referíase al que le propusiera su hermana momentos antes. Madame Bernard, la modista parisiense que tanto quería á Antoñita, había resuelto ampliar su establecimiento, en virtud de que los negocios aumentaban. Ya el local estaba listo; era un edificio precioso en el Puente de San Francisco, con escaparates magníficos, y salones lujosamente alhajados para recibir á la aristocrática clientela. Comenzaba el traslado, y el personal hubo de acrecer. Sabedora la dueña de que Antoñita tenía una hermana joven, de guapeza singular, y pobre por añadidura, propuso á aquella el empleo, un empleíllo de veinticinco duros mensuales, que no vendrían mal en el hogar de la chica.

Por la noche, al entrar Antoñita en la casa de modas, la señora la había llamado aparte, ante las miradas de envidia de las dependientas. Ya en el saloncillo contiguo, sentándola á su lado, la dijo con su acento francés:

—Vamos á ver, queridita, ¿qué resuelve la niña? ¿Se anima por fin á venir desde luego?

La moza se ruborizó: Nada había dicho á Lena, por temor de disgustarla, pues no ignoraba su poca inclinación al trabajo. ¡Era tan chiquilla la pobre, que, verdaderamente, había sentido escrúpulos al intentar participarle el asunto!—Madame Bernard estuvo á punto de indignarse. ¡Cómo! ¿Era posible que su familia hubiese decidido sacrificarla, arruinarla, hundirla? ¿Era equitativo que ella laborase del día á la noche, sin que otro alguno aportara el diario sustento á la casa? Porque, lo observaba desde hacía tres meses: Antoñita cosía más que de costumbre, y entregaba las prendas con prontitud desusada.

—Trabaja usted demasiado, ¿no es verdad, hija mía?

—No, señora, no es que trabaje mucho. A fuerza de practicar, he llegado á hacerlo de prisa . . . Nada más, puede usted creerme.

La señora la besó, conmovida, y despidiéndola con una caricia, la dijo:

—Bien. Mañana mismo me traerá usted á esa pequeña rebelde. Quiero conocerla. ¡Ah! me interesa mucho, se lo aseguro.

Y Antoñita se estrelló ante la terca obstinación de Lena, que al principio sonreía con desprecio al pensar en el mísero empleo de dependienta que la ofrendaban, y después

hacía pucheritos, diciendo que no á cuantas instancias la dirigía la pobre costurera, enristecida al ver tan cretina determinación.

Hallábanse en el comedor, después de la cena. Sobre la mesa, cubierta por blanquísimo mantel, en el que no escaseaban agujeros, se veían esparcidos los platos sucios, el botellón á medio llenar, los tenedores y cucharas brillantes de grasa, todo alumbrado por la luz paliducha y temblona que derramaba en torno la lamparilla de petróleo. Un calor sofocante invadía la habitación, y fué necesario entreabrir la puerta. Las brisas perfumadas de junio penetraron suavemente, llevando en pos el vaho saludable de los árboles cercanos. Doña Pepa, sentada á la cabecera del apollado mueble, engullía á dos carrillos los restos de un plato de arroz, dando tragos de leche, de vez en cuando. No miraba ni oía nada. Entonces, mejor que nunca, hubo de adoptar una singular actitud en los asuntos caseros. Decía que los chismes la enfermaban, que ella anhelaba vivir en paz los últimos años de su existencia, y que allá se las averiguasen los benditos de sus hijos.

El ambiente de iglesia resplado á toda hora, una pasión mística infiltrada en su

sér al mirar los altares, pasando las horas muertas en la semiobscuridad tenue del templo, la alejaron del hogar, cual si éste fuese incompatible con sus aficiones.—No era el suyo un misticismo contemplativo, nervioso, como el de las santas, exquisitas flores de histeria, cuya vida leía en sendos volúmenes envejecidos. Más bien asemejábase á una monomanía hija de la pereza, á un enamoramiento de aquel dulce *no hacer nada*, á una sugestión de la existencia de sacristía, muy propia en una mujer que, como ella, nunca pecó de solícita y laboriosa como madre, y sí hubo de pasar los años en bonachona poltronería.

Doña Pepa, que, en otro tiempo, cuando vivía su marido, embebida en satisfacer los deberes conyugales, jamás iba á misa ni se confesaba, no salía ahora de la Santa Veracruz. Allí, el P. Morales reinaba, rodeado de una diminuta corte de viejas; organizaba festividades religiosas, triduos, novenas; y hasta fundó una asociación llamada de «Defensoras del catolicismo,» guiado por un espíritu fanático, y el no menos fanático afán de medro.

Ya en casa de los Fernández comenzaban á experimentarse los efectos de la

nueva invención del cura. Antoñita hubo de trabajar día y noche, al ver que las exigencias de su madre crecían al par que el deseo furioso de lujo que hacía presa en Magdalena.

Y la rubita de ojos azules y profundos, alma blanca nacida para el sufrimiento, no murmuraba nunca; las amarguras, las penas de su vida, iban á confundirse con el raudal de ternura que la unía á Eugenio. Sin embargo, aquella noche intentó romper el silencio de doña Pepa, la cual tomaba la última cucharada, limpiándose después los labios con una punta del mantel.

—Oye, mamá, aconséjale tú algo. Ya ves que á mí no me hace caso.

La buena señora inclinó la frente surcada de arrugas, como si nada hubiese oído; pero, al cabo, con voz lastimera, murmuró:

—¡Ay, yo me voy á morir con estas cosas! Ya lo sabes: no tengo fuerzas para nada. Déjame, déjame tranquila y arréglate como puedas.

Y como viese que en la carita tristonada de su hija mayor se reflejaba humilde protesta, estuvo á punto de gimotear. Era muy desgraciada, sí.—¿Qué culpa tenía ella de

que la chica se empeñara en la holganza? Además, Lena era una niña incapaz de conducirse bien en sociedad, demasiado bonita para no tener peligros. Que laborara en su casa, así, como Antoñita, pues no carecía de razón la pequeña al afirmar que empleo de la naturaleza del propuesto, era impropio de señoritas decentes.

Todo un orgullo atávico se reavivaba en ella: el orgullo de la marisavidilla que se creía digna de mejores destinos; la altivez secular de la clase media, luchando por sostenerse en difícil equilibrio. Doña Pepa, víctima de resabios antiguos, sentíase torturada, humillada, con sólo pensar en que la chiquilla se marcharía tras de un mostrador lujoso: ¡la chiquilla, la única que parecía reservada á un porvenir espléndido, merced á sus deseos furiosos de conquista de lo alto, de lo que luce, de lo que lleva en pos de sí la atención y el respeto de los humildes!—Y liando un cigarrillo, —costumbre que adquiriese desde que frecuentaba con mayor ahinco los templos,—continuó con su voz cascada y monótona:

—No, hijita, déjala, déjala con sus ideas... Hay jóvenes que nacen con tendencias distintas á las tuyas. Y es natural. Tienen as-

piraciones muy justas, justísimas, como que pretenden ser algo, sobresalir....

La moza no respondió. Era el suyo un silencio expresivo, triste. La lámpara parpadeaba con temblor suave, alargando su lengua de fuego en el vacío. El canario, encerrado en una jaula que colgaba del muro, agitábase aleteando. Más allá de la puerta, la noche extendía su regio manto estival, con el titilar lento de millares de estrellas, con el fulgor débil de los astros, que en su lejanía infinita aparecían desvanecidos por pálida gasa azul. El aire impregnado de tibieza invadía el comedorcito, llenándolo de un aroma delicado, el aroma de las flores, deliciosas flores de amor, predilectas de la modista; el aroma de junio, del mes de las espigas doradas.

Estéfana iba y venía, con el chancleteo estruendoso de sus gruesos zapatos. Lucía en sus ojos una mirada de odio, y las arrugas de su rostro de perra envejecida en la obediencia del amo, ahondábanse más, como si ella, en las reconditeces de su mente oscurecida por la ignorancia, comprendiese toda la iniquidad de aquel martirio. Y tal era el temblor de sus manos, que un plato cayó, estrellándose en el suelo.

Doña Pepa regañóla ásperamente.

—Es menester, Estéfana, que tenga más cuidado.

La cocinera alzó la frente coronada de mechones blancos, y fijando la mirada alternativamente en la señora y en su hija mayor, dijo:

—Es que la niña me perdonará.

Antoñita la sonrió con tristeza.

—Sí, Estéfana, no te apures. Te disculpan tus años.

Y permanecieron las cuatro allí: doña Pepa, engullendo las migas esparcidas en el mantel; Lena, sumida en su terco enojo; la mayor, con las pupilas fijas en la llama trémula, como si la interrogara; Estéfana, rondando, cual si espíase los movimientos de las otras, de las enemigas de su niña mimada, de su «angelito» á quien quería tanto, con ese cariño de los criados viejos que han arrullado á los retoños de los amos.

Detúvose de pronto. Masculló algunas frases incoherentes, é interrogó á doña Pepa.—¿Es que don Alberto no llegaría? Porque, advertía que ella, con sus setenta y dos años, no era capaz de esperarle hasta que se le antojase.

—Alberto no viene esta noche. Le encontré al salir de la iglesia y así me lo avisó.

El señorito, desde meses antes, apenas si se tomaba la molestia de prevenir á su familia acerca de sus ausencias frecuentes. Había desertado de la Escuela de Medicina, y estaba á punto de perder su miserable empleo en el Hospital. Encenagado en plena orgía, ahito de licor y de mujeres, descendía vertiginosamente hacia el fondo negro que profetizaba Antoñita en días pasados.

—Bueno, pues, entonces, que no trague.

Y se deslizó en la cocina, rezongando.

Doña Pepa vióse tentada á emprender singular pelea con la maritornes. Su indiferencia en este punto, no era ahora tan grande; sentía cierto escozor al darse cuenta de las altanerías de Estéfana. Pero, dominándose, contentóse con gruñir.

—Esintolerable... ¡Nofaltaba más! ¡Qué me ríña á mí, á la dueña de la casa!...

Antoñita logró, no obstante, calmarla. ¡Era Estéfana tan vieja! Justo la parecía dispensar sus cosas. Y como doña Pepa levántase la voz, respondiendo ácremente, oyóse en la ahumada cocina el refunfuñar sordo de la criada.

En los campanarios cercanos sonaron las diez. Púsose en pie doña Pepa, dirigiéndose en seguida á su recámara, donde

acostumbraba rezar, bostezando, un largo rosario, para meterse en seguida en cama.

—Adlós, hija.

—Buenas noches, mamá.

Y antes de cerrar la puerta, volvióse hacia Antoñita, cual si una idea la asaltase de pronto. ¡Ah! que no olvidara la promesa, el donativo aquel de que le habló. Era una petición más de dinero, una pequeña limosna que exigía el P. Morales, para atender á las necesidades innúmeras de la «Asociación de defensoras del Catolicismo.»

—Cuenta con ello. Mañana pediré un anticipo á Madame Bernard.

Sonriente al escuchar la respuesta, la vieja se alejó con la vela encendida.

Ya solo quedaba allí Lena, clavada de codos en la mesa, con un dejo de disgusto pintado en el semblante. Su hermana la miró largamente, sin hablar, poniendo en su mirada toda la ternura, todo el sano y maternal afecto que le inspiraba la chiquilla. Pero ésta no se movió siquiera. Continuó obstinada, altiva, muy abiertos los negros ojos que ante la luz amarillenta de la lámpara adquirían un brillo salvaje.—Y Antoñita

sintió entonces una nueva tristeza. Bien comprendía que la pequeña alejándose de ella cada día más. Ya no era la niña mimosa de antes; la que, por amor á ella, tenía la piedad de velar su genio voluntarioso, anhelante de la satisfacción de sus caprichos. Sentíase en la menor de las Fernández, la garra de Clara Ruiz, el ambiente de aquella floración de vicio, respirado á plenos pulmones por Lena.

Toda su ansia de vida mejor, de lujo, de muelle pereza, exacerbábase. Renegaba en sus adentros con mayor energía de su existencia pobre de olvidada, de la tranquilidad burguesa y estúpida del hogar, viendo sin inmutarse, sin comprenderlo, el sacrificio, el tormento aceptado por Antoñita. Así como Alberto daba por razón de su holganza el deber estricto que tenía de concluir los estudios á que le destinó su padre, á pesar de la carga injusta que resistiera la costurerita; ella daba por motivo de su inacción el estar predestinada á una esfera social más alta.

El contagio hubo de ser propagado. La amistad cada día más estrecha, la comunión de pensamiento con la hija del difunto Coronel Ruiz, dieron al cabo sus frutos, con-

virtiendo á Lena en un plano de reflexión de los gustos é inclinaciones de Clara. Existían, no obstante, entre ambas, diferencias radicales: Clara Ruiz era la mujer íntima, calculadora, que esperaba con fe el advenimiento de un instante, de un minuto que resolviere su porvenir; todo lo daría con tal de alcanzar sus propósitos de vida fastuosa. Nunca, á pesar de los chismes y murmuraciones de la vecindad entera, se entregó á nadie. Y no lo hizo por virtud, por estima del honor, que el honor era para ella convencionalismo ridículo, sino por propia conveniencia. —Lena, por el contrario, tenía todas las ambiciones de su amiga, veladas por sutil hipocresía; careciendo, al contrario de ésta, del talento, de la malicia, del tacto calculador, que caracterizan á la cortesana de raudos vuelos. Por eso, cuando se trató de trabajo, de labor, de pan ganado á fuerza de la propia energía, sintióse herida en lo íntimo de su sér. Y en aquel instante experimentó odio hacia su hermana, que pretendía torcer el curso de sus reflexiones; que se alzaba como barrera infranqueable para la realización de un ideal alimentado durante meses.

—Oye, Lena, escúchame. Yo quiero tu

felicidad, yo quiero tu dicha. Si te lo propuse, fué por tu bien.

Y Antoñita, que había ido á sentarse junto á ella, estrechábala con cariño, hablándola con voz temblorosa, emocionada.

Estéfana, asomando la cara, la contemplaba desde el umbral, con el corazón angustiado. Y en el silencio del comedor, cuando Antoñita callaba, sólo se oía el crepitar de la vela y el aleteo del pájaro prisionero en la jaula.

—Sí, hermanita, tú me obedecerás porque eres buena, porque me comprendes, porque me quieres. Yo no me aburro del trabajo, no, créemelo. Por tí trabajaría de la mañana á la noche. Pero se trata de tu porvenir....

Y la besaba, pasando sus manos de lechosa blancura por la morena frente de la chiquilla; musitando á su oído viejas palabras afectuosas, familiares calificativos, argumentaciones infantiles de seductor encanto. Varias veces intentó mirarla á los ojos sin conseguirlo. Mas hubo un instante en que Lena pareció entregarse, abandonarse á la mirada amorosa de Antoñita. Entonces ella la interrogó:—¿Sería obediente? ¿Aceptaría el empleo?

Por un momento creyó que las pupilas de Lena la sonreían con dulce sonrisa de sumisión; luego sintió que los brazos redondos de la chiquilla intentaban un esfuerzo para desasirse.

—¿Cómo, Lena? De modo que tú....

No tuvo tiempo para terminar la frase. Lena bajó la frente; se puso en pie; adelantóse en dirección de la puerta.

—Lena, Lena....

—Déjame,—respondió, colándose en las habitaciones.

Se echó á llorar, silenciosamente, con aquel llanto que sólo derramaba en los instantes de profunda tristeza. La chiquilla se iba, se alejaba cada día más. Y aquello no tenía remedio. ¿Cómo detenerla, cómo impedir la separación lenta, imperceptible casi, que las desunía en el transcurso de las horas? Impotente, no halló otro consuelo que el de las lágrimas, y allí estaba, en el comedorcito antaño alegrado por el reír de la familia entera, y ahora lúgubre, con el macilento parpadeo de la lámpara. Escuchó suaves pisadas á su espalda, y en seguida la caricia de dos manos descarnadas. Apresuradamente limpióse los párpados humedecidos. Tenía miedo de llorar. Su madre,

no obstante su indiferencia, sufría al verla así, cual si el escozor de un vago remordimiento la atenaceara. Por eso evitaba toda muestra ruidosa de dolor.

Pero cuando volvió la cara desfigurada por una mueca de regocijo, hubo de sonreír aliviada, al ver el rostro compasivo de Estéfana.

— Lloro, niña, lloro... Si aquí ni ese consuelo tienes...

Y la apretó contra su pecho enflaquecido, con efusión de esclava. Creía recordar aquel pasado lejano; se remontaba á veinte años atrás, cuando la rubita, un bebé que apenas daba un paso, se agarraba á su cuello llorando por un capricho que no lograra satisfacer.

— ¿Has visto, Estéfana?

¡No había de verlo! Lo observaba todo, lo comprendía todo. Por eso quería marcharse desde meses antes; abandonar aquella casa que abrigó su edad madura y su vejez, para irse... no sabía á dónde, á la calle, á cualquier parte. Así se evitaría toda pena.

Su ternura se desbordó. Evocaba las cosas que fueron, los años que resumían la historia de aquella familia lentamente corrom-

pidar por la atmósfera en que vivía y por las insanas ambiciones que sus miembros mostraban; de aquella familia de la cual Antoñita era la rosa que florecía en medio de malas hierbas.

Hacía veintitrés años que entrara al servicio de los Fernández. Todavía recordaba el tenducho aquel de ropa y sedería en donde D. Juan vivía enterrado, laborando de la mañana á la noche; tenía presente también á la doña Popa de entonces, mujerona de treinta años; á Alberto, de cuatro, que comenzaba á visitar la escuela. Vió nacer á la costurera, la rubita encantadora que mecía en sus brazos, por la que cobraría singular afeción. La imaginaba pequeñita, con la cara de tristeza que tan pocas veces reía, estrujando entre sus dedos las telas que vendía su padre; trepando sobre las sillas para alcanzar la altura de la mesa de planchar; cosiendo las faldas de su muñeca, como si se revelara en ella una futura señorita de hogar. Y ya desde su infancia hubo de ser la víctima predestinada, la mártir: Lena, la chiquilla, fué su pasión siempre. Resistía sus enojos con tal de merecer sus caricias; quitábase los dulces de la boca por el gusto de verlos en los labios de la otra; la regalaba

los juguetes. En aquellos tiempos la felicidad era relativa. ¡Siquiera no se contemplaban miserias! Ella vivía en su cocina, agraciada, contenta con el pedazo de pan que la daban; sumisa á los amos; queriendo más cada día á su niña, tan mujercita y tan mona.

Y así pasaron quince inviernos, hasta que un día don Juan Fernández lauzó el último suspiro, allí, sobre el mostrador, como herido por el rayo, víctima de una enfermedad hereditaria del corazón.

¡Ah! qué instantes aquellos. Ahora, teniendo á Antoñita sobre su regazo, escuchando su llorar silencioso, sintiendo sobre sus manos encallecidas las ardorosas lágrimas, los evocaba con angustia.—El amo, tendido en el lecho; doña Pepa, enloquecida por el sufrimiento, ignorando el partido que debería tomar; A berto, mal inclinado, un poquillo calaverón ya, vejetando en los estudios; Lena, todavía niña, correteando con los chicos de la vecindad. Sólo Antoñita, con los párpados enrojecidos, temblorosa, pensaba en el mañana, acurrucada en un rincón, muda, sin ver á nadie.—Más tarde... El cerebro cansado de Estéfana negábase á recordarlo; una formidable protesta de su sér, elevábase haciendo que apre-

tase más contra su pecho á la moza. Más tarde había sido la ruina lenta: la tienda desmoronándose, cayendo en el desastre: doña Pepa, impávida ante el derrumbe, y los dos hijos, el mayor y la chiquilla, engullendo sin preocuparse, al par que su madre, las últimas migajas.

—Niña, niña, qué buena has sido tú, y qué *desalmaos* los otros.....

Y la besó maternalmente en los cabellos, como si el recuerdo que en aquel momento fulguraba en su caletre, la impulsara á semejantes demostraciones cariñosas. Si, aquella mujercita paliducha y endeble fué la única que conservara serenidad y sensatez en los meses terribles, la salvadora. Y á Estéfana aun la parecía verla tornar á la casa arruinada, de vuelta de la de Madame Bernard. Volvía con un pequeño bulto bajo el brazo y sonreidora alegría en los claros ojos. Desde entonces convirtiéndose en la providencia del hogar, llevando á él con regocijo el fruto de su rudo trabajo. Y lo peor, lo que Estéfana sentía en el alma, era que aquel aparecía como un sacrificio ignorado. Antoñita había sido la heroína anónima, la muchacha humilde que laboraba en el olvido, sin que la comprendiese nadie, ni su propia familia.

—En la vecindad donde todo chisme tenía su asiento, y así el chiquillo mal trajeado como la vieja rugosa murmuraban, nada se sabía de Antoñita. En opinión de muchos, los Fernández vivían de sus rentas.—Y Estéfana sentía que una infinita piedad la acercaba á su ama, la cual continuaba sollozando sobre su pecho, en tanto que ella la prodigaba caricias, diciéndola al oído frases consoladoras que resonaban en la habitación solitaria como un susurro dulce....

De pronto, escucháronse risotadas. Era una risa clara, perlada, que se introducía en el comedor en alas del céfiro. Antoñita se puso en pie, secando sus lágrimas con el pañuelo; Estéfana permanecía sorprendida.

—Es Lena,—murmuró la moza,—Déjala. Tendrá deseos de respirar aire.

Pero la vieja maritornes no se detuvo. Con los brazos en jarras se acercó majestuosamente á la puerta, anhelando lanzar terrible reprimenda á aquella señorita que gustaba de salirse de casa á horas desusadas. Mas no tuvo tiempo de hacerlo, porque en el cuadro de luz que proyectaba sobre la azotea la lamparilla, distinguió la silueta de Eugenio Linares, que era arrastrado casi por la chiquilla.

—Entra, hombre de mis pecados, entra, que bastante hemos charlado....

Cesó de hablar, viendo á la criada en acecho. Sin quererlo, experimentó que el rubor invadía sus mejillas.

—¿Es usted, niño Eugenio?

Linares, sin disimular cierto fastidio, respondió afirmativamente, y en seguida entróse en el comedor, seguido de Magdalena, que ya sonreía con aquella sonrisita maliciosa que tan bien sentaba á su cara morena y rebosante de frescura.

—¡Eugenio! ¿Pero has venido? No te esperaba ya.

—Tienes razón. Cené junto con Arsenio y Conti, y hace media hora que salí del *restaurant*.

Y estrechaba la manecita láctea que la moza le tendía.

Era aún el mancebo tímido de otro tiempo; sólo que ahora, gracias á los dineros ganados en la notaría, y al trato frecuente con chicos de vida alegre, había adquirido cierta graciosa soltura, cierta picardía de buen tono en sus modales. Dejó el fieltro sobre una de las sillas, y tomó asiento cerca de la mesa, sobre la cual veíanse esparramados los restos de la frugal cena.

Desde la noche en que Lena le introdujo en casa de su novia, había asistido diariamente á la vivienda de los Fernández, en donde tan bien se hermanaban el amor de Antoñita y las travesuras de la chiquilla, que no le perdonaba que dejase de concurrir un sólo día. Doña Pepa, por su parte, recibíale con afabilidad, como buena mujer que sabía dónde estaba el porvenir de sus retoños, y que no temía un casamiento próximo de la que era su sostén, á causa de la penuria secular del caballero que comía allí varias veces al mes, y hasta logró vencer la natural severidad, con el fin de irse de paseo con las niñas. Su confianza era tal, y tal la llaneza que reinaba en aquel hogar, que no vacilaba nunca en llamar á la puerta á cualquiera hora.

Tendido en la silla, con tranquilidad patriarcal, fumaba, contemplando á través del humo á su novia, que sonreía con los ojos todavía enrojecidos, y á Lena, que no cesaba de mirarle traicioneramente.

—¡Hombre! No lo había notado. ¡Si estrenaste traje!—exclamó la chiquilla, palmoreando.

—¡Oh! un *flux* que no vale la pena.

Y poseído de una vanidad infantil, se pu-

so en ple, ofreciéndose á la contemplación de las dos muchachas.

¡Qué lejos estaba de ser el Eugenio Linares de antes! Ya no paseaba por las calles con su raído traje de estudiante tronado, con la deshilada corba azul y los zapatos rotos. Ahora, erguido, vestía correctamente de negro; sus lazos de corbata eran famosos en la vecindad; sus botas relucían. Y todo él aparecía simpático, con su moreno rostro, sus expresivos ojos oscuros, y sus labios gruesos, sensuales, sombreados por presuntuoso bigotillo. El provinciano despertaba al fin con el afán de la elegancia.

—Sí, ya veo, estás bien, muy bien,—dijo Antoñita á media voz.—Hasta guapo...

Lena rió estrepitosamente. La escena acaecida momentos antes, habíase borrado ya en su cabecita casquivana de pájaro. Rió, apretándose el exuberante pecho, observando el aire de visible satisfacción con que Eugenio recibió el piropo.

—Lena, tú estás loca. Nada tiene de particular que yo parezca guapo.

—No, nada tiene, ya lo sé. Lo que me asombra es que lo parezcas con cincuenta duros de sueldo.

Linares se ruborizó. No era aquella la

primera alusión á su desmedrada hacienda. La chiquilla le hería en cuantas ocasiones presentaba blanco. Los cincuenta pesos constituían su obsesión, su tortura.—¡Un novio con cincuenta pesos! ¡Oh, que horror! ¡Cincuenta necesidades! Bonito porvenir el de la incauta que en sus manos cayera; ya tendría para divertirse lindamente. Y todo lo decía con su sonrisa de muchacha amable, que apreciaba á los «poquita cosa», que le parecían graciosos á pesar de todo; pero á quienes, en tratándose de amoríos, no perdonaba burla ó chacota por más incisivas que fuesen.

—Pero Antofita contenta está, y eso es lo importante. ¿No es verdad?

La moza le miró. ¡No había de estarlo! Le quería á él, no á su sueldo. Hubo de amarle allá en sus desdichados tiempos de bohemia, cuando recorría oficinas y almacenes con cara de hastío y de cansancio. ¿Cómo desdeñarle ahora? ¿Era eso humano, posible?

Eugenio Linares experimentó una emoción suave, muy blanda. Las palabras de su novia, dichas con tanta sencillez, reveladoras de un oculto tesoro de ternura, hicieron vibrar sus nervios, tan propicios á la

transmisión de los sensualismos intensos, como de los placeres del más simple idealismo. Mas pronto aquella sensación fué substituída por otra. Lena, echándose de bruces sobre la mesa, y fugiendo cómicamente ^{le} seriedad, se puso á examinarle con detenimiento.

—Hombre, que no puedo comprender que á un pobretón como tú se le quiera demasiado. Veamos: tus ojos son incoloros: ni azules, ni verdes, ni negros... ¡Incoloros, aunque hagas esos gestos de incredulidad!... Tu boca...

Inclinada, con la risa retozándole en el rostro, le escudriñaba. Eugenio la veía, muy robusta, con la línea de los pechos pronunciada; el moreno cuello más corto que largo, poblado de sutil bello; la nariz remanada, nariz ávida de placer, de olores fuertes; gruesos los labios de rojo tinte como si les consumiera el anhelo de un beso largo, callado. Y el joven experimentaba un goce exquisito, inexplicable, al tenerla así, tan cerca, acariciándola con el aliento. Y sin darse cuenta, sentía que una voluptuosidad invencible se apoderaba de él, aprisionándole, haciéndole ver en la mocetona de naricilla encantadora, á la mujer incitante, deseable, y no á la futura hermana.

—¿Y tus cabellos? ¿Qué me dices de tus cabellos? Apuesto á que Antoñita no te ha pedido un mechoncito.

—Déjale, mujer, que vas á fastidiarle.

—¡Fastidiarle! Tú no le conoces. Si le gusta mucho...

—Ni tanto. Eres una *soeur* más guapa, más seductora, más...

—Oye, ¿pero qué es eso de *soeur*?

—Una palabra francesa.

—¡Oígal! ¿Aprendes el francés?

—No lo aprendo, lo pesco: Ahora fué un *monsieur* á la notaría con el fin de arreglar un testamento.

Una carcajada de Lena estalló. La hacía gracia que un empleado hablara una m'aja de lengua tan rara y tan *chic*. Linares, hecho unas pascuas con el efecto de sus frases, pretendió cogerla por los brazos: mas la chica retrocedió á tiempo, exclamando con voz entrecortada por la risa:

—Pues yo te lo digo en castellano puro: eres más feo que un disgusto después del desayuno.

—Y tú, preciosa.

—¡Horrendo!

—¡Encantadora!

Y ambos, á manera de bebés, correteaban

en torno de la mesa, riendo locamente. Eugenio perseguía á Lena; ella le esquivaba con felina ligereza. Caían las sillas; temblaba la pobre vajilla en el aparador; la leche que llenaba una copa hasta los bordes, se derramaba, deslizándose en delgado hilillo de fulgores opalinos. El gato que dormitaba en un rincón, huyó asustado, gruñendo sordamente. Y el comedorcito trepidaba, sin que por ello los mozos cesaran de corretear, agitados, sudorosos. Antoñita se había puesto en pie, procurando calmarlos; mas convencida de la inutilidad de ese esfuerzo, rió también.

De súbito, dominando la baraúnda, oyóse un grito ronco, áspero. Estéfana, desde el umbral de la cocina, les miraba con irritación.

—Niña Magdalena, ¿es que usted se ha vuelto loca?

Pero la interpelada no pudo responder. Observó que Linares estaba á un paso, dispuesto á alcanzarla, y tornó á huir. Una silla caída interrumpió el paso; brincó, y á la luz tenue de la vela, Eugenio pudo ver, como una visión rápida, las piernas regordetas, bien modeladas de ella, cubiertas por negra media.

No avanzó ya; quedóse extático, alorado.

Estéfana repetía rabiosa:

—Es una tontería. Debería portarse usted de modo más decente.

—Déjame, Estéfana. Como tú no eres muchacha....

Iba á proseguir la reyerta, cuando Linares, serenado ya, se interpuso.

—Vaya, mi querida Estéfana, para dulces, —dijo, sacando del bolsillo una peseta reluciente.

La maritornes titubeó en aceptarla. Su honradez acrisolada se lo prohibía. Pero vino á su recuerdo el escondite aquel de que tanto se hablaba en la vecindad; el tesoro amasado en años de trabajo rudo, de faenas bestiales, y tendió la mano. El señorito Eugenio era muy bueno; ella le agradecía semejante prueba de amistad.

—Bien, felices noches, Estéfana.

Y la vuleja giró sobre sus talones, cerrando la puerta.

Tornaron á ocupar sus asientos. Lena y Eugenio, con la faz roja, todavía refan. Antoinita sonreía, silenciosa.

Al fin dijo:

—Creo escuchar á mamá. ¿No se habrá despertado?

Lena replicó, riendo como antes. ¡Qué

había de despertarse! Dormía á pierna suelta la pobre.—Y era verdad. La viuda de Fernández nunca estaba presente durante las entrevistas de los novios. Con discreción suma escurríase camino de su recámara, echándose al cabo, con el magín perturbado por los preparativos religiosos del día siguiente. Linares gozaba de absoluta libertad, y en el comedor se hubiese amanecido, si la novia, con su previsión de ama de casa, no le despidiera.—Noche á noche charlaban allí, en el cuarto refrescado por los aires de fuera, y en cuyo ambiente percibíase un suave olorcillo á heliotropo, el perfume predilecto de la chiquilla. El palique duraba de diez á doce, sin que alguno de los tres diera muestras de fastidio. Eugenio bromeaba; Lena reía, y la amada, con un delicioso equilibrio de mujer fuerte, no abandonaba nunca su natural apacible y callado, aquella actitud de resignada tristeza que la hacía más seductora. A veces, el galán llevaba los bolsillos repletos de bombones comprados de paso en alguna dulcería de Plateros. Era de ver entonces la alegría de Lena. Saltaba en torno de él como niña traviesa, le registraba para convencerse de que no traía más, y le hubiera besado de buena

gana á no oponerse á ello los respetos sociales y la presencia de la hermanita mayor.— Tales demostraciones, naturalmente, agradaban sobremanera al chico. Un cucurucho azul, rebosante de confituras, estaba pagado de sobra con los chistes de Lena y la mirada de Antofñita. Sentía que su cariño por ambas jóvenes crecía, bien que á ésta la quisiera con adoración y por la otra experimentase una atracción que él no se habría atrevido á llamar fraternal, puesto que yacía confusa, nunca analizada, allá en lo recóndito de su alma, en la cual no osó penetrar jamás, ya por su escasa afición á esas profundidades, ó acaso porque su curiosidad dormida para observar á los demás, lo estaba con mayor razón para escudriñarse á sí propio.

Ocasión hubo en que echara la casa por la ventana. El día del cumpleaños de Antofñita, fiesta no celebrada en los anales de la familia, entró en el comedor como tromba, cargado de paquetes, que deshizo sobre la mesa, escuchando con embeleso los gritos de júbilo de la pequeña y las frases de agradecimiento de su novia. Allí había de todo: jamón, pasteles de crema, pastas exóticas, frutas secas, y hasta una botella de excelente Chambertin, vinillo que le había

enamorado de días atrás, desde que lo probó en una comida dada por Urizar el día que recibiera la mensualidad. Se improvisó alegre banquete. Lena opinó que no se despertase á doña Pepa y á Alberto, que había llegado en triste condición momentos antes. Y para colmo de alegrías, Antofñita tuvo un capricho, uno de los raros caprichos de su vida burguesa: que cenaran en la azotea, junto á los rosales y bajo la luz alba de la luna.

Aun tenían vivo recuerdo de la cena. A aquella noche misma, Lena, al ver que Linares alineaba sobre el mantel las migas esparcidas, formando extrañas figuras, acordóse del cumpleaños.

—Oye, Eugenio, ¿y cuándo repetimos el banquete? Era tan bueno el Chamber-tin....

Antofñita se animó, saliendo de su mutismo.

—¡Qué preciosa noche! Estábamos tan contentos....

Y los tres hacían reminiscencias, se contaban impresiones, cuando dieron las doce. La costurera se puso en pie, y su hermana murmuró:

—¿Ya, tan pronto? ¡Qué lástima! No tengo sueño.

—Es hora, Lena, vé á tu cama.
—¡Ah, sí, me voy; ha llegado el momento de los secretos!

Y mientras ella corría á su cuarto, los enamorados salían del comedor. Era aquel el único instante en que permanecían solos, en que se entregaban al placer de amarse rodeados de la soledad. Y el corto trayecto que mediaba entre la puerta y la escalera, lo recorrían paso á paso, deteniéndose, pretendiendo engañarse uno á otro. Brillante polvo de luz iluminaba los muros ennegrecidos por la humedad; las macetas en donde las rosas florecían en el ambiente tibio de junio; la entrada de la escalera, el negro agujero en donde languidecía la llama casi extinguida del farolillo, que dibujaba en el suelo fantásticas manchas de tinte pálido. Ni un rumor, ni un murmullo. Sólo se oía, allá abajo, el gotear de la fuente y la melodía extraña, incomprendible, del aire que chocaba contra las paredes, colándose por entre las grietas del caserón. Y todo lo cubría un cielo de azul claro, un cielo límpido del cual se destacaban, como perdidos en el infinito, centenares de puntos luminosos. El silencio y la noche eran propicios al amor de Antoñita, amor tranquilo, con un poquitín de en-

sueño, de sencilla poesía. Su charla era entrecortada, casi un mutismo apenas interrumpido por monosílabos y palabras.

Detuviéronse ante el farol. Ella, con la cabeza baja, respondía á las frases de su novio, quien aún estaba alegre, recordando las chiquillerías de Lena. Pero Linarés calló. Con la punta de los dedos hubo de levantar el rostro de la muchacha, en el que se pintaba leve sufrimiento.

—¿Qué tienes Antoñita? ¿Estás triste?

No respondió. El mozo la miraba: su cara bañábase en luz inquieta; los ojos aparecían anublados por las lágrimas. Tornó á interrogarla con insistencia, sin comprender aquella angustia, hasta que Antoñita, con voz entrecortada, hubo de contarle lo sucedido. Lena no quería trabajar, rechazaba todo lo que podía servir de base á un futuro honrado y dichoso. ¿Y por qué? Porque era cursi, indigno de una señorita decente, como si la decencia residiese en la pereza y en el deseo de boato.

—Y ya lo has observado tú, Eugenio. Ahora mismo había echado ya en olvido ese asunto; reía como si tal cosa.

—¿Y por eso te afliges, tonta? Lena es una chiquilla incapaz de tales seriedades; no

nació para el trabajo. Déjala, déjala; al cabo todas encuentran acomodo en el mundo.

No comprendía la obstinación de su novia. Lena era para él la muchacha guapa, de picaresca travesura, de atrevida mirada y provocativos andares. No acertó nunca á ver en ella á la mocetona de casa, laboriosa y dulce, enamorada de la faena y cuidadosa de la hacienda. Lena era Lena; jamás sería Antoñita. Y Linares no se dió cuenta de que sus palabras de aquel instante obedecían á un impulso interno, al deseo de guardar á la chiquilla para sí, de tenerla en el hogar de su novia en donde todo adquiría un extraño regocijo en cuanto le animaba el reír de Lena.

—Hasta tú, hasta tú piensas como ellos. Yo no sé, Eugenio, pero, ó nadie me comprende, ó el que me comprende finge lo contrario. Es muy cruel.....

Lloró. Su llanto no alteraba el mutismo de la noche; era tan callado, tan tranquilo con o ella. Linares la cogió las manos y á punto estuvo de besarla en la frente.

—Pero, Antoñita.....

—Todos dicen lo que tú; sin embargo, no lo creo, porque me parece adivinar algo muy triste.....

Y su acento al revelar el presentimiento que la torturaba, tenía una profunda melancolía. Miraba de cara al porvenir; veía á Alberto perdido; á su pobre madre, anciana y sin fuerzas, arrastrando su vejez por los templos; el hogar vacío, convertido en ruinas, desolado. La única manera de evitar la catástrofe era encaminar á la chiquilla por la buena senda; la salvación estaba en ella.— Y Linares, al enterarse de estos pensamientos, que le confiara con mil reticencias Antoñita, sonrió incrédulo:

—¿Pero no estás tú aquí, para remediarlo todo?

La muchacha hizo un gesto de desesperanza. ¿Ella? ¿De qué servía? ¿Acaso sabía que viviría siempre? Y entonces, en voz baja, en un murmullo que brotaba débilmente, le dijo al oído un secreto que había callado hasta aquella noche.

—Es que tú ignoras que quizá moriré joven.... Aunque nadie me lo ha dicho, yo me ereo condenada. ¿Sabes? Mi padre y mi abuela padecieron del corazón....

Pareció como que un soplo trágico turbaba por primera vez la plácida dulzura de sus amoríos. Era la muerte que pasaba. Y los dos, callados, inmóviles, bajo la claridad

indecisa, cerraron los ojos. En lo alto, la noche lucía, iluminada por los vagos fulgores de los astros; y empezaba á soplar el airecillo de la mañana, que movía las hojas. Lires soarió al fin, cogió los brazos delgaduchos de Antoñita, y la dijo, con acento que en vano pretendía disimular el miedo:

—¿Enferma tú, Antoñita? ¿Pero quién te ha contado esas cosas? Si estás mejor que nunca, mujer: fresca, llena de salud y de vida.

La muchacha movió la cabeza. Y no dijo nada: se limitó á mirarle largamente, con una mirada dolorosa. Y hasta entonces Eugenio se dió cuenta de lo que había observado: Antoñita estaba más pálida que antes; sus ojos aparecían rodeados de amplias ojeras; sus labios habían perdido lo que meses hacía tuvieran de semejanza con las rosas. Era el declinar lento, la fatiga abrumando aquel pobre sér del cual no conocía el drama, el drama torturador y angustioso, la tremenda lucha por la vida emprendida para librar del abismo á la turba de parásitos que la rodeaban, por aquella niña tan endeble, tan indefensa. —Y comprendió que estaba paliducha y desmedrada; mas su penetración mediocre no pudo adivinar tras de aquel rostro lívido, tras de aquel cuerpecito que se inclinaba, las

noches pasadas en claro, los días que transcurrían monótonos, eternamente iguales, ante el trepidar de la máquina; las privaciones sin cuento; los sufrimientos; la existencia toda de Antoñita, alumbrada apenas por un rayo de amor en la noche sombría. El insistió en lo que afirmara, á pesar de todo, con el mado egoísmo de la gente feliz que no gusta de ver en torno negruras que la amarguen.

¡Antoñita estaba buena! ¿A qué venían las tonterías de enfermedades hereditarias? No tenían razón de ser tales preocupaciones máxime cuando quizás en tiempo cercano se casarían y serían uno de otro, y se consagrarían por entero á su amor.

Con gesto amable, habló del porvenir, de los ensueños que en sus días de pobreza le preocupaban tanto, y de los cuales apenas si se acordaba hoy, entregado á su diaria labor, á sus placeres de empleadillo, al cultivo de aquel noviazgo que era, en realidad, motivo de solaz antes que de preocupación seria. Serían esposos, sí; tendrían su casita muy pequeña y muy hermosa, con muebles y flores del gusto de ella; tendrían su nido.

—¿Quieres, monona? ¿Verdad que te agrada?

La moza no contestó. Una sonrisa la animaba; pero era la suya una sonrisa que nada decía. Por lo mismo, el chico hubo de repetir sus palabras.

—¡Cómo no! Me agradaría mucho,—repuso, apretándole las manos, sin que la tristeza de su rostro se desvaneciera.

Linares rió, ya contento, ya libre de las trabas odiosas del dolor. Lanzado á una charla pueril, la contó sus proyectos, le habló de sus amigos, de sus paseos. La notaría marchaba perfectamente; Conti formaba proyectos periodísticos á los que pensaba asociarle; Urizar, por el contrario, en nada creía. Y en su charla insubstancial advertíase el deseo inconsciente de disipar de su alma refractaria á la pena toda sombra de amargura; de apartar á su novia de la tristeza, de tornarla alegre para hacerla más deseable.

Bañóse el oriente en los vagos resplandores del amanecer. Una pincelada larga de lila rosa se destacó del azul, más allá de la ciudad dormida, en tanto que en el espacio brillaban todavía las estrellas, con fulgor tenue.

—¡Caramba! Amanece ya. Mañana no me levanto, de seguro, niña mía.

Y cogió las manos de su novia, despidiénd-

dose. Al advertir que Antoñita continuaba con la frente inclinada, dijo:

—Adiós, chiquilla. Y que no te entristezcas más, ¿eh? Todo tiene remedio en este mundo; que si no lo tuviera, estaríamos lucidos.

Y se alejó riendo.—La muchacha escuchó el resonar de sus pasos en la estrecha escalera, cada vez más amortiguados por la distancia. Al fin, dejó de oírlos hasta que de nuevo los percibió abajo, en el embaldosado del patio.—El chirriar de la puerta del cuarto de su prometido llegó hasta ella. Después, el silencio volvió á reinar, interrumpido por el gotear de la fuente y los ramos débiles del alba. No se movía de allí. Una obsesión apoderábase de su mente, y pálida, como adormecida, estrujaba en sus manos el pañuelo. Al cabo se fué, camino de la casa, deteniéndose á cada instante.

La luz de la lamparilla habíase consumido; en el comedor penetraba la claridad indecisa de la aurora. Echó el cerrojo. Avanzando en la obscuridad, sentóse, reclinándose sobre la mesa, sin ruido, cual si no quisiera turbar el sueño de los otros. Sentía una angustia que la oprimía el pecho, á go que se anudaba en su garganta, sofocándola. Y llevándose las manos á los ojos, lloró.